

Rafael Gandolfo

La visión religiosa de Goethe

S U M A R I O

1) *El problema de la Religión en la Filosofía de los Siglos XVII y XVIII.—Ambiente espiritual de Goethe.*

2) *Etapas en el desarrollo de la religiosidad goethiana.—Su expresión en la obra poética. Prometeo y Fausto.*

3) *Factores que determinan en Goethe su posición definitiva.—Conceptos y sentimientos fundamentales.*

4) *Relación entre metafísica y religión.—El concepto de espíritu y su relación con la idea de Dios.*

5) *Proyecciones históricas de la concepción religiosa de Goethe.—El romanticismo, Schelling y Schleiermacher.*

1. La tradición literaria nos ha hecho familiar la imagen de un Goethe indiferente en materia religiosa, o a lo más, pagano. No faltan aquí y allá, frases sueltas que leídas ligeramente podrían confirmar tal opinión. Así el conocido epigrama que empieza:

*Quien ciencia y arte posee,
tiene también religión...*

Apenas sin embargo nos familiarizamos verdaderamente con su obra advertimos otra cosa. A través de las múltiples inquietudes de su espíritu universal, surge en Goethe una y otra vez, la preocupación religiosa. Sin ir más lejos ahí tenemos el testimonio de su propia autobiografía, «*Poesía y Verdad*» donde a cada paso brota el tema religioso con apasionante insistencia. Empero la comprensión de Goethe en este punto, no es cosa fácil. Por un lado el obstáculo viene del pudor de un espíritu que rehuye hasta la sombra de la mojigatería, la superstición y el fanatismo. Por otro lado, la concepción religiosa de Goethe no es fruto de una tradición aceptada más o menos en bloque, sino de una búsqueda personal. Y esta búsqueda nace más de una exigencia intelectual, de una inquietud por pensar armoniosamente las cosas, que de una necesidad propiamente religiosa. A causa de esto el sentimiento religioso casi nunca aparece destacado nítidamente como cuando brota de una idea fija y acabada acerca de las relaciones entre la Divinidad y el hombre. En cada etapa de su existencia tenemos la impresión de que Goethe necesita aún definirse y precisar su pensamiento para que sea posible una forma concreta y práctica de vida religiosa. Esta situación era inevitable si se considera no sólo la proteica mentalidad goethiana, su agudo espíritu crítico, sino el mundo espiritual que debió absorber y transformar y contra el cual ciertamente tuvo que defenderse. Este mundo era el de la «ilustración» con su enorme mezcla de verdades y mitos, de descubrimientos y limitaciones. Y era justamente Alemania el país en que con más violencia el fermento de

la Ilustración había trastornado las ideas religiosas tradicionales trayendo con Lessing, Semler y otros, una nueva crisis en la conciencia espiritual de la época.

2. La evolución religiosa de Goethe no podía evitar el encuentro con esas dos grandes fuerzas religiosas vigentes en su siglo y en su ambiente ciudadano, el Cristianismo protestante y la Ilustración. El primero impregna a Goethe desde su infancia y lo obliga de inmediato a sumergirse en el clima de disputas y controversias teológicas que en Francfort como en todas partes, era lógica consecuencia del principio del libre examen en materia religiosa. Tanto esta incertidumbre en la cuestión de los dogmas, como la preferencia de este cristianismo a concebir la religión bajo la forma de una moral rígida sin ninguna referencia a la sensibilidad y a la imaginación, despiertan ya en el joven Goethe una secreta animadversión por este tipo de religiosidad fría y abstracta. Esta actitud se manifestará hasta por una franca apología de la doctrina católica, de los sacramentos, como se lee en el libro VII de «Poesía y Verdad» Pero la verdadera crisis de Goethe frente al Cristianismo tiene lugar más adelante a propósito del dogma de la culpa y del arrepentimiento. «Este sombrío escrupulo, dice en el mismo Libro VII, atormentóme de tal modo y parecíéronme tan huecos y flojos los datos que querían presentarme como suficientes, que aquel terrible cuadro (el de la comunión sacrílega) no hacía sino agravar su horror con ellos, y tan pronto como llegué a Leipzig traté de emanciparme radicalmente del vínculo religioso.» Aquí termina visiblemente la relación de Goethe con el Cristianismo y se produce la atmósfera propicia para su aventura espiritual propia. Más difícil de precisar es su relación con la idea religiosa que había traído la Ilustración. Parece que ésta influyó bajo la forma que le dió Lessing concibiendo la religión como una revelación divina destinada a la educación progresiva del género humano. Pero si podemos dudar hasta qué punto influyó la Ilustración por su contenido propio, en cambio es clara su influencia en cuanto portadora de toda la metafísica religiosa propia del Racionalismo del siglo XVII. La idea de Leibniz y de Spinoza cala hondamente en el pensamiento de Goethe, sobre todo en su concepción de la naturaleza y del espíritu, y por allí tiene que condicionar su idea de la Divinidad. En esta etapa ya no contamos para guiarnos en nuestra indagación, con las confidencias de «Poesía y Verdad». Sabemos sí, que Goethe en plena juventud decide ir en busca de una religión «personal» con la persuasión de que no hay otra posible para el hombre. Y él mismo, al final del libro VIII de su Autobiografía, nos expone su primitiva concepción religiosa propia donde entra-

ban como ingredientes, el neoplatonismo, el hermetismo, la mística y la cábala. Pero es evidente que esta construcción religiosa copiada del gnosticismo, anticipa sólo muy vagamente la dirección definitiva que tomará su pensamiento.

3. En todo espíritu organizado y consciente de sí mismo, la actitud religiosa tiene que estar en armonía y en estricta relación con la totalidad del pensamiento. Porque la religión no puede surgir en él como de un instinto primario, sino de una compleja elaboración espiritual. Así en Goethe, donde todo lo que es propio del sentimiento está íntimamente regido por las convicciones de la razón. Ahora bien, aquí como en casi todos los aspectos de su obra, Goethe se enfrenta a las concepciones de su época, y en permanente lucha contra ellas, se va liberando hasta conquistar su propia posición. Es verdad que por una parte Goethe ha acogido esa idea que desde el Renacimiento informa toda la metafísica del Racionalismo y que expresa su más hondo sentimiento religioso. Es la idea de que «la esencia de lo divino no puede abarcarse más que en la totalidad de sus manifestaciones y que, por lo tanto, cada una de éstas tiene un sentido y un valor propio e inalienable.» (Cassirer, Fil. de la Ilustración.) Pero la Filosofía del Siglo XVII al asumir este postulado, convierte a la razón analítica y generalizadora en la facultad apta para percibir lo divino. De ahí que tanto en Spinoza como en Leibniz Dios aparezca fundamentalmente como la «idea» que hace inteligible el Universo. Desde este punto de vista la Divinidad no puede fundar ninguna relación directa con el espíritu, no puede ser concebida como actuando de un modo positivo en el hombre concreto y real. De hecho, pues, el concepto de «religión» tiende a convertirse o en un «sentimiento» sin contenido espiritual, simple producto de la fantasía descarriada, o bien en actividad «práctica». Así se podrá llamar religión a la obediencia externa a las leyes morales, o al mismo sistema de la moral; por cuanto ambos de algún modo se apoyan en la existencia de un Dios legislador. Pues bien, la filosofía del siglo XVIII prosigue la crítica de la religión sobre los supuestos recibidos. Pero muy luego se da cuenta que el concepto puro de Dios no es la base de la religión, pues lógicamente no se presenta claro, ni es el contenido de la misma. Practicar la religión no consiste, en efecto, en conocer una Divinidad cualquiera que sea la forma en que se presente. Consiste únicamente en «obrar» rectamente consigo y con los demás. La característica principal de la Ilustración reside en dos puntos. Primero, en haber afirmado a partir de Rousseau, que la religión en cuanto creencia en Dios no tiene nada que ver con la salvación del hombre, pues todos los males de

